

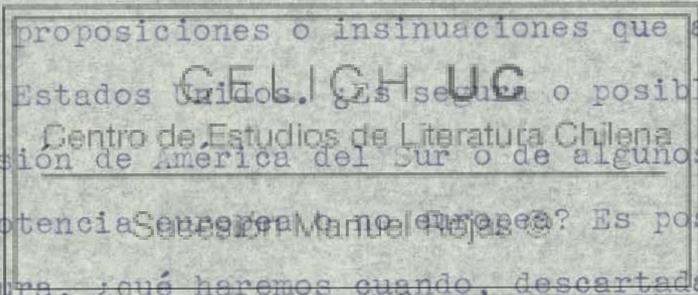
Confianza y claridad

Mucho habla, cierta gente, del peligro que representa el estado de pobreza en que vive, en cuanto a armamentos se refiere, las repúblicas de América del Sur. En ese estado -- se dice -- no serían capaces, no diremos de rechazar, pero ni siquiera de soportar el ataque de cualquier potencia europea o no europea. Un portaaviones -- se agrega -- sería suficiente para dominar todo el poder ofensivo y defensivo ~~de~~ ^{de} cualquiera de los países sudamericanos del Pacífico. Es necesario -- concluye esa cierta gente -- aceptar, o por lo menos discutir, con buen ánimo, las insinuaciones o proposiciones que en relación a este asunto ha hecho y puede hacer Estados Unidos.

Pero otra cierta gente habla, también, del peligro que representa el aceptar las proposiciones o insinuaciones que al respecto puede hacer o ha hecho Estados Unidos. ¿Es segura o posible -- pregunta esa gente -- una invasión de América del Sur o de algunos de sus países, por parte de una potencia ~~segura o no europea?~~ Es posible, pero no segura. Y si no es segura, ~~¿qué haremos cuando, descartada~~ la posibilidad, nos encontremos con un pie de Estados Unidos asentado en cualquier punto del continente o de nuestro país? ¿Cómo nos zafaremos de ese pie? ¿Quién nos garantiza que Estados Unidos lo retirará de buen grado? El coloso del Norte -- concluye esta otra cierta gente -- tiene las patas muy pesadas y no las mueve, una vez puestas en un sitio, así como así. Acuérdense de Filipinas, de Panamá, de Puerto Rico.

Tal es lo que habla una y otra cierta gente.

¿Cuál de esas dos partes está en la razón? En latencia, las dos, es decir, una u otra estará en la razón cuando las cosas sucedan, o sea: cuando una potencia invada el continente sudamericano, estará en la razón la primera cierta gente; y cuando, luego de haber aceptado las proposiciones norteamericanas, no podamos, descartada ya la invasión, echar



a Estados Unidos del continente, estará en la razón la otra cierta gente. Por desgracia, cuando una u otra de esas partes llegue a estar en la razón, las cosas ya no tendrán remedio.

¿Entonces?

La respuesta la da otra tercera cierta gente: para que ninguna de aquellas dos partes llegue a estar en la razón, es necesario asegurar, de un modo efectivo, el no acaecimiento de aquellos dos hechos. ¿Cómo? Sencillamente, aclarando el asunto. A Estados Unidos le interesa, de todos modos y bajo todos los aspectos, que América del Sur permanezca libre, por lo menos tan libre como lo es en este momento. Va en ello gran parte de su seguridad e incluso de su vida. A los países de América del Sur, por otra parte, les interesa ser protegidos, de aquel posible peligro, por Estados Unidos.

Muy bien: mostremos las cartas.

¿qué quiere Estados Unidos y qué ofrece a cambio de lo que quiere?

No ha dicho claramente sino lo que quiere; respecto de lo que ofrece, no se sabe nada. ¿qué quiere América del Sur y qué ofrece a cambio de lo que quiere? Hasta este momento no ha dicho sino lo que no quiere; no ha dicho nada, en cambio, de lo que quiere y de lo que ofrece a cambio de ello.

Así, a juicio de esa otra tercera cierta gente, deben plantearse las cosas. ¿Seguridad? Sí, seguridad, pero, antes que nada, seguridad de las partes entre sí: confianza y claridad. ¿Armas? No son armas las que América del Sur necesita y deseable sería que no llegara a necesitarlas jamás. El mal está en otra parte, principal y casi únicamente en su economía. ¿Puede Estados Unidos, desprendiéndose, aunque fuera con dolor, de lo que sea necesario -- capital o ganancias -- arreglar la economía sud-

americana? ¿Y está dispuesta América del Sur a someterse a un plan que mejorara y engrandeciera su economía, aunque para ello fuera menester que se desprendiera de algo que ama? Si es así, que hablen una y otra, pero que hablen sin empacho, sin falsos pudores, sin temor a ser tachados -- por los interesados en que no se haga nada -- de traidores, de ambiciosos o de cobardes.

Con toda seguridad, muchas personas, en América del Sur y en Estados Unidos, saben lo que es necesario proponer y hacer. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué, haciendo caso omiso de los gobiernos, más timoratos o más comprometidos que los simples particulares, no se reúnen, aquí y allá, grupos de hombres que estén dispuestos a afrontar la situación y, estudiando el problema, propongan lo que, a su juicio, debe hacerse? ¿Por qué, en fin, no se realizan encuestas públicas?

Que se diga cuáles son los peligros y las necesidades de las dos Américas y cuáles son los ataques que contra ellas deben combatirse. ¿Una confederación de estados sudamericanos? Que venga, cuanto antes, si es necesaria. ¿Una batida en forma en contra de los enemigos interiores? Que se haga, cuanto antes, si es preciso. En buenas cuentas, que se haga lo que debe hacerse, pero luego. Mañana será tarde y el diablo nos llevará a todos.

Manuel Rojas